

El Chamorro *elegido* por el Chamorro su sobrino cumpliría su período, ambos Chamorros volverían a ejercer sus honorables funciones de electores en 1924 con el beneplácito de Brown Brothers y de Washington y el regocijo de la facción granadina de la Calle Atravesada, y el negocio privilegiado y parasitario de vivir de Nicaragua gobernándola de segunda mano, continuaría disfrutando de seguridad y prosperidad como hasta ahora. Pero llegó la augusta señora, la invisible señora de la guadaña, piadosa e implacable, y se llevó a un Chamorro, el Presidente, y de este modo ha descubierto el Chamorro sobreviviente que hizo mal al trazar sus planes olvidando aquel dogmático dictum de Víctor Hugo: «Algo de la tumba debe haber siempre en el pensamiento del hombre». El Chamorro Presidente, el tío, no llegó hasta el fin de la jornada, no tenía vida para tanto, puede decirse que en realidad era un cadáver cuando lo hicieron Presidente; y el hombre de bien, el agricultor segobiano que en la vicepresidencia representaba una concepción maquiavélica del genio político de los Chamorro en colaboración con las águilas de la Calle Atravesada; un ente inofensivo y pasivo cuyo solo papel era de ornamentación, entró improviso en la realidad de las cosas, le dió vida la muerte, y él es hoy el Presidente de Nicaragua, con gran sorpresa y desconcierto y desazón del Chamorro sobreviviente y los numerosos Chamorros de su parentela, de la facción granadina, de Brown Brothers y de Washington.

El advenimiento del señor Martínez a la Presidencia es un suceso de grande importancia, porque se le atribuyen a este señor propósitos reaccionarios contra el régimen de la traición, del cual es él fruto sin embargo; y porque ocurre precisamente en las proximidades del período electoral, es decir, en la ocasión por excelencia para que él dé inequívocas pruebas de la sinceridad de los propósitos de que se le supone animado.

Si el señor Martínez es efectivamente un hombre de bien, un hombre de corazón y de conciencia, un patriota, no hay duda de que se dará cuenta de la oportunidad que el destino le ofrece para prestar a su patria un servicio supremo, y de que tendrá el valor de aprovechar y utilizar esta oportunidad. Los hombres que no nos contentamos con ser un lugar común en este mundo, con vivir y morir sin haber hecho nada por nuestra patria, por nuestra América, por nuestros semejantes, por la humanidad; sin haber prestado un servicio que justifique a nuestros propios ojos nuestra existencia y nos redima de la ignominia de vivir por vivir; los hombres que vivimos en la ansiedad de la oportunidad de servir y de ser útiles, envidiamos al señor Martínez y ardentemente deseamos encontrarnos en su lugar para hacer una cosa noble y grande, una cosa trascendental, una cosa imperecedera, que sería eterna fuente de bien para su patria, para Centro América, para todo un continente de naciones hermanas. El señor Martínez es un ser privilegiado,

un ser predestinado. El destino lo ha elegido para una misión de honor y de amor, para una misión de libertad y de redención. El señor Martínez puede pasar a la historia como un libertador. Su figura sería completamente nueva y extraordinaria en la gloria resplandeciente de esta consumación y se destacaría única y aislada en el horizonte de la historia americana, porque sería un libertador sin espada, sin sangre, sin víctimas, sin sacrificios; un libertador en la paz, no en la guerra, que es el medio y la atmósfera inseparables de los libertadores en el pasado.

El servicio, el supremo servicio, por el cual el señor Martínez puede vivir en la inmortalidad en compañía de los más heroicos e ilustres fundadores y libertadores de América, sin excluir a Bolívar, es el mantenimiento puro e insospechable de la institución fundamental del sufragio en las elecciones de 1924 en su país.

El cambio presidencial ha acaecido justamente en las vísperas, como hemos dicho, de la campaña electoral. Los creyentes dirían que esto ha sido obra de la Providencia, y verían en el hundimiento del uno y el surgimiento del otro la voluntad de Dios, que de estos medios se ha valido para la ejecución de sus designios en beneficio de Nicaragua. Como quiera que sea, es evidente que el señor Martínez en la Presidencia de la República en Nicaragua en estos momentos no tiene sino una cuestión que cumplir, si él no es un sucesor moral de los Chamorros: rodear de garantías el ejercicio del derecho de sufragio; velar de todos modos por que sea efectivo, por que sea una verdad, un hecho el sufragio, de manera que el resultado represente sin el menor género de duda la opinión y la voluntad del pueblo de Nicaragua.

Contra esta posibilidad de la situación, que parece cada vez más clara, los conservadores se aprestan a luchar para frustrarla. Hay según entendemos una fracción del conservatismo histórico divorciada de los Chamorros y demás primates y piratas del partido de la traición, que continúa sin embargo llamándose conservador. Las armas que este partido de la traición esgrimirá para burlar los propósitos del señor Martínez son por supuesto pérfidas y arteras. Maquiavelo ha sido puesto en la grave emergencia a contribución, y ha concebido un plan ingeniosísimo que consiste en despertar la ambición personal en el señor Martínez, halagándolo con su candidatura para el nuevo período. Si el señor Martínez se deja embaucar y se presta al plan de los piratas, tendrá que abandonar la Presidencia dentro del término que la Constitución prescribe en tales casos, y no será él sino otro, el que de acuerdo con él escojan los *conservadores*, quien presida las elecciones. Luego que el señor Martínez esté fuera, que es exactamente lo que se quiere, sacarlo de la Presidencia de un modo *hábil*, los Chamorros y Compañía, Brown Brothers y Washington, darán cuenta de él. Entretanto, la repetición del fraude electoral y el

triunfo del régimen de la traición se habrán hecho inevitables.

Si el señor Martínez no es un hombre vulgar y no pertenece realmente a la chusma del régimen de la traición tendrá inteligencia para ver y comprender su interés, no desde un punto de vista material, sino moral y espiritual; y sabrá de ciencia cierta que su conveniencia está en escuchar y seguir la voz de un singular destino que ha puesto a su alcance la oportunidad de prestar a su patria, a Centro América y a todo el continente, un servicio decisivo y supremo. Si por ambición personal él desconociera esta oportunidad y abandonara su puesto de deber y de misión sagrada, simplemente se haría indigno de su destino y probaría que era el más ruin y más despreciable de los hombres.

¿Qué pueden ofrecerle al señor Martínez, no ya la chusma que triunfó en 1910, sino los partidos mismos de Nicaragua, que sea superior, o siquiera comparable en algún grado a la gloria de libertador de su patria que le ofrece la oportunidad de la Presidencia de la República en el último año de este período? ¿A qué podría aspirar el señor Martínez, suponiéndolo Presidente de Nicaragua por los cuatro años del término siguiente, que fuera más importante, más ilustre, más trascendental, más fundamental, más permanente, más fecundo, que el servicio que hoy mismo y en solo un año de poder está en su mano prestar a Nicaragua haciendo verdadera la democracia, y por ende la resurrección de la nación, por medio de la libertad y la probidad en las elecciones de 1924?

Los partidos opuestos al régimen de la traición que sostiene en Nicaragua la supremacía de los intereses de Brown Brothers y de Washington, cometerían un error mortal y una ignominia si consintieran en tomar parte en combinaciones que tuvieran por base la candidatura del señor Martínez. En esos partidos está el honor y el porvenir de Nicaragua y han de ser siempre leales a los deberes que este sagrado depósito les impone. Esos partidos no pueden ni deben contribuir en ninguna forma al malogro de la oportunidad del señor Martínez, ni a la degradación de este señor si la ignora o la renuncia.

Los partidos nacionalistas de Nicaragua no pueden tener sino una política, y esta política única es clara como la luz del día: la libertad y la probidad del sufragio. Si ésta es la política del señor Martínez, los partidos nacionalistas de Nicaragua no tienen nada que temer ni de los piratas nativos ni de los piratas forasteros. Si ésta no fuere la política del señor Martínez y él optare por ser como sus predecesores los dinastas de Dawson un instrumento de los explotadores y opresores de Nicaragua, y repitiere como ellos la farsa y la infamia de las elecciones fraudulentas, el nacionalismo de Nicaragua no debe por ello refugiarse en la abstención y dejar a los malhechores el campo libre; sino que debe concurrir con todas sus legiones al sitio del deber y del